

reseña de libros

Una rebelión que es evasión

Ezequiel Martínez Estrada conquistó sumo prestigio con varias obras, en especial con su fascinante **Radiografía de la Pampa**, de 1933. Y fue en 1960 que Sebreli publicó este libro (*), hoy en su tercera edición apenas corregida, alertando a quienes califica de lectores "desprevenidos" y de "pequeña burguesía intelectual" que se dejó seducir por un estilo halagador.

Aleccionado por lecturas de Hegel y de Marx, el autor se pronuncia partidario de un método de conocimiento más adscripto a realidades y menos a "metáforas y exclamaciones" de incumbencia meramente ideal. Sebreli fue recibido al poco tiempo con notable aceptación, en especial por su **Buenos Aires, vida cotidiana y alienación**, diez veces reeditado entre 1964 y 1966. Califica a Martínez Estrada de "intuitivista lírico", de neorromántico de la sociología, con reminiscencia de los epicúreos, y afin, en su más impugnable utopismo, con quienes, como Rousseau, Thoreau, Nietzsche, Tolstoy, Spengler y tantos otros y como, más cercanos, Hudson y José Hernández, exaltaban "un primitivismo immaculado, enmuralado y sentimental", reacio a toda intención de regeneración social y acción liberadora. Expresa así que al aceptar como una fatalidad la frustración del país, lo que propició Martínez Estrada fue "diluir y dispensar la responsabilidad" de la clase dirigente. En esa inconsciente complicidad, basa el autor su crítica acerba a quien, si bien reconoce como un espíritu sensible, lo considera demasiado absorbido en sus lucubraciones ideales. Su **Radiografía** sería así objetivamente reaccionaria, una reafirmación de la derecha, al revelar un pesimismo absoluto, metafísico, y al excluir todo esfuerzo concreto de superación económica y social.

Su mayor despropósito, agrega en esta punzante pero meditada interpretación, es haberse limitado, dentro de ese pesimismo irracionalista, a caracterizar problemas que juzgaba irresolubles, cuando todo pensador que se estime debe tratar de exhumar las posibilidades reales del hombre de su época. Proclamar el absurdo de la sociedad y la imposibilidad de cambiar nada es en efecto hacerle el juego a quienes no quieren cambiar nada. Junto con Mallea, con Murena, con Mañud, Martínez Estrada soslayó así las evoluciones necesarias. América, para ellos, está excluida de la historia, de la acción y del tiempo, desde que pertenece al mundo de la naturaleza. Esa actitud es por tanto reaccionaria, pues implica una reacción contra la evolución del pensamiento humano en el sentido dialéctico e histórico del progreso. Ese fatalismo telúrico impide encarar perspectivas dinámicas, activistas. Al escuchar que el país y el mundo "es esto y nada más", las clases privilegiadas, tranquilizadas, aplauden y celebran. De ese modo coincide con la ley del Karma de las religiones hinduistas: vivimos en la culpa fatal de crímenes cometidos en existencias anteriores por nuestros antepasados, en un eterno retorno nietzscheano. Como dijera Martín Fierro, "el tiempo es una



MARTINEZ ESTRADA: la piqueta fatal de Sebreli

rueda y la rueda es eternidad". Luego, Rosas será Irigoyen, después Irigoyen será Perón, y así sucesivamente. Se equiparan de ese modo actualidades que en verdad son distintas, pues cada acontecimiento histórico es siempre nuevo, único, una creación en un tiempo concreto incomparable.

Para Martínez Estrada las necesidades económicas no existen; la historia sería solamente el producto de las reacciones subjetivas de los hombres y de los pueblos. Murena lo emula: "La oligarquía —dirá— es un estado de ánimo". La reacción del débil es sólo producto del "resentimiento", como lo sostuvieran Nietzsche y Max Scheler. El espíritu revolucionario sería una consecuencia de ese resentimiento, una forma de neurosis colectiva. En lugar de mejorar la situación de los oprimidos, habría pues que contentarse con modificar su mentalidad. Los obreros habrían sido así peronistas por egoísmo, por envidia, por sed de venganza. No habría de ese modo motivos racionales y objetivos que trasciendan los móviles estrictamente pasionales. Martínez Estrada llega siempre a la conclusión de que la felicidad sólo existe en la simplicidad y en el primitivismo rousseauiano, en el idilio pastoril, paradisiaco. El Capital, la Máquina y la Técnica llegarían como una catástrofe que perturba la paz de ese idilio primordial, volviendo románticamente a la ruca y al telar de mano, cuando lo que requieren las nuevas realidades es elucidar las nuevas relaciones que pueden tener con objetivos sociales. Se incurre de ese modo en el aislamiento, en el encerrarse en sí mismo de los epicúreos y su Jardín de ausencias, cuando la verdad es esencialmente temporal, y sólo se revela participando activamente en la historia. Oponer razón y vida, una Verdad eternamente fija y una realidad cambiante, es un dualismo irreal, pues el mundo es uno solo. Es obviamente imposible aceptar esa dualidad entre "política" y "ética", como entre nosotros adujera Ferreira Aldunate. O la política es ética, o deja de ser política en su cabal sentido, desde que el Bien, como aduce Sebreli, no tiene otra forma de ser que la acción.

En resumen: Martínez Estrada "no quiere modificar la realidad". Es un denunciante nato, nada más, un nostálgico de paraísos perdidos, prisionero de una inmanencia y de una pasividad, de un utopismo pa-

recidísimo a la locura. Contra el destino, afirma, no es posible luchar. La libertad no existe. Y ni siquiera confía en que los demás lo entiendan. "Hablo con los que aún no han nacido". Es el eterno incomprendido. "Yo tengo que hablar con los muertos", dice en **Las 40**. Los hombres de carne y hueso, el pueblo real y concreto, para él no existe: "ese pueblo es grosero, soez, egoísta y cruel". Ama solamente la idea del Pueblo, "el Pueblo platónico". Quiere solamente fascinar, seducir al lector, prodigar para ello efectos emocionales y estéticos. Su rebeldía es por tanto inútil, está lejos de ser "el acto eficaz del revolucionario" concluye Sebreli, capaz, no de destrucciones simbólicas en el gabinete del intelectual, "sino de cambios reales en el mundo humano".

Finalmente reconoce, sin embargo, que Martínez Estrada no estaba tan sumergido en un mundo irreal. Transcribe así una frase de **Los tos y otros entretenimientos**, en donde reconoce haber vivido "engañado", agregando que perdió su vida complaciéndose "en un juego sin valor ni sentido de lucha y de conquista". Se siente ya viejo, dice, "como un niño que hace bailar una peonza. Nada más? Nada más. Sin conciencia de donde estaba ni de lo que hacía".

Sebreli accede por consiguiente a dedicarle al final un elogio, aunque hondamente condicionado: Martínez Estrada "nos deja el ejemplo de un hombre sublime en el orden de lo individual", pero sólo desde el punto de vista de Dios; entre los hombres "no sirve a nadie, es una pasión inútil".

El libro merece leerse. Severo en lo esencial, los cuestionamientos que efectúa son de indudable pertinencia; es nada menos que nuestra participación consciente en la circunstancia social en que vivimos lo que contrapone a la evasión lírica que perpetra Martínez Estrada. Pero corresponde resarcir una posibilidad, menos computable aunque de muy íntima necesidad: la riqueza de sugerencias y relaciones conceptuales que, con suma agudeza de intelección, enaltece su contenido y nos prodiga invalorable sugerencias. Es la nota que falta en un libro que sin embargo acierta en lo esencial.

Washington Lockhart

(*) MARTINEZ ESTRADA: UNA REBELION INUTIL, de Juan José Sebreli, Catalogos Ed., Buenos Aires, 1986.